

— Tú, Scieffort de Rusia, tu venderás la causa antes de un mes; pero dentro de un mes estarás muerto.

El enviado moscovita cayó de rodillas, pero el gran Cophto le levantó con un gesto de amenaza, y el condenado del porvenir salió de allí vacilante.

Entonces, estando solo el hombre singular que hemos introducido en este drama para ser su principal personaje, miró en torno suyo, y viendo vacía y silenciosa la sala de recibimiento, abotonó su levita de terciopelo negro y ojales dorados, aseguró su sombrero en la cabeza, empujó el resorte de la puerta de bronce que se había cerrado á sus espaldas; entró en los desfiladeros de la montaña, como si le fueran conocidos desde largo tiempo; y luego, cuando llegó al bosque, aunque sin guía ni luz, lo pasó como si una mano invisible lo guiara.

Cuando llegó á la otra orilla del bosque, buscó con la vista su caballo, y como no lo viese, aplicó el oído y le pareció oír un relincho lejano. Un silbido modulado de cierta manera salió entonces de la boca del viajero, y al cabo de un instante, se hubiera podido ver á Djerid correr á la sombra, fiel y obediente como un perro gozoso. El viajero se lanzó ligero sobre él, y al punto desaparecieron ambos en rápida carrera, confundidos con el sombrío brezo que se extiende entre Danenfels y la cima del Mont-Tonnerre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La tempestad

Ocho días después de la escena que acabamos de referir, á eso de las cinco de la tarde, salía de Pont-á-Mousson, pequeña ciudad situada entre Nancy y Metz, un carruaje tirado de cuatro caballos y conducido por dos postillones. Acababa de relevar en la casa de postas y se dirigía á París, á despecho de las instancias de una posadera obsequiosa que desde el umbral de su casa acechaba á los viajeros rezagados.

No bien habían desaparecido del ángulo de la calle los cuatro caballos con la pesada máquina, cuando veinte chiquillos y diez comadres que no se habían separado del estacionado carruaje durante los cortos minutos que había tardado en relevar, entraron en sus respectivas moradas haciendo gestos y exclamaciones que revelaban en los unos una excesiva hilaridad, y en las otras una profunda admiración.

Era porque nada parecido á aquel coche había atravesado hasta entonces el puente que el buen rey Estanislao había hecho construir cincuenta años antes sobre el Mosela, para establecer comunicaciones más fáciles entre su pequeño reino y la Francia. No excep-

tuamos ni aun los curiosos furgones de Alsacia que en los días de feria trasportaban de Falsburgo los fenómenos de dos cabezas, los osos bailarines y las tribus nómades de esos saltimbancos, gitanos de los países civilizados.

En efecto, sin ser un chiquillo frívolo y burlón, ni una vieja murmuradora y curiosa, podía uno pararse sorprendido al ver pasar aquel vehículo monumental que, aunque suspendido sobre cuatro ruedas de igual diámetro y sujeto por sólidos resortes, avanzaba con bastante rapidez para justificar esta exclamación de los espectadores:

— ¡Vaya un carruaje singular para correr la posta!

Permitánnos nuestros lectores que lo describamos, ya que por fortuna suya no lo han visto pasar.

Primeramente la caja principal (la llamamos caja principal porque estaba precedida de uno como cabriolé) estaba pintada de un azul claro, y tenía un escudo de barón de grandes cuarteles superado de una J y una B artísticamente entrelazadas.

Dos ventanas, decimos ventanas y no puertecillas, dos ventanas con cortinas de muselina blanca daban luz al interior; sólo que estas ventanas, poco menos que invisibles al vulgo profano, estaban en la parte anterior de la caja y daban al cabriolé. Una rejilla permitía á la vez hablar con el ser, cualquiera que fuese, que habitase esta caja, y apoyarse, lo que sin esta precaución no se hubiera podido hacer, y apoyarse, decimos, contra los vidrios sobre que estaban tendidas estas cortinas.

Esta caja posterior, que parecía ser la parte importante del tan singular coche, y que podría tener ocho pies de largo y seis de ancho, no recibía luz más que por estas ventanas, ni aire más que por una válvula con su vidrio practicada en el imperial; en fin, para

completar la serie de singularidades que este vehículo ofrecía á los ojos de los pasajeros, un tubo de hierro que sobresalía del imperial por lo menos un pie, vomitaba madejas de azulado humo, que se extendía como una blanca columna y se perdía en el surco aéreo del disparado carruaje.

Semejante particularidad no hubiera tenido otro resultado en nuestros días que hacer creer en alguna nueva y progresiva invención, en que el mecánico hubiera combinado sabiamente la fuerza del vapor con la de los caballos.

Y esto era tanto más probable, cuanto que precedido, como hemos dicho, el carruaje por cuatro caballos y dos postillones, iba seguido de un solo caballo atado á la zaga por una cuerda. Éste, que por su cabeza pequeña y descarnada, sus piernas delgadas, su estrecho pecho y su erin espesa y cola ondeante, presentaba todas las señales que caracterizan al caballo árabe, estaba ensillado; lo que indicaba que á veces alguno de los misteriosos viajeros encerrados en esta nueva arca de Noé se divertía en cabalgar, y galopaba al lado del carruaje, al que parecía irrevocablemente prohibido semejante paso.

En Pont-á-Mousson el postillón de la anterior parada había recibido, con el precio de su posta, dobles agujetas de una mano blanca y carnosa que se había deslizado por entre las dos cortinas de cuero que cerraban la parte anterior del cabriolé, casi tan herméticamente como las de muselina cerraban la parte anterior de la caja.

El maravillado postillón dijo, quitándose su sombrero:

— Gracias, monseñor; y una voz sonora respondió en alemán, lengua que se comprende aunque no se hable en los alrededores de Nancy:

y la claraboya del imperial se tiñó de un vivo color y permaneció iluminada, siendo evidente que el habitante de la movable celda, extraño á los accidentes exteriores, tomaba sus precauciones contra la noche, á fin de no ser interrumpido en su ocupación.

El carruaje estaba aun en la cresta de la montaña sin haber empezado su descenso, cuando un segundo trueno, más violento y cargado de vibraciones metálicas que el primero, desgajó la lluvia de las nubes, que cayendo primero en gruesas gotas, se hizo bien pronto seguida y compacta, como manojos de flechas lanzadas desde el cielo.

Los postillones parecieron consultarse, y el carruaje se detuvo.

— ¿Y bien? preguntó la misma voz, pero esta vez en excelente francés, ¿qué diablos hacemos?

— Consultamos, dijeron los postillones, si debemos continuar.

— Desde luego, dijo la voz, me parece que yo y no vosotros, soy quien debe decidirlo. ¡Adelante!

Había un acento de mando tan poderoso y tan efectivo en esta voz, que los postillones obedecieron, y empezó á marchar el carruaje por la pendiente de la montaña.

— ¡Está bien! dijo la voz; y las cortinas de cuero entreabiertas un instante volvieron á caer entre los viajeros y la delantera del carruaje.

Pero el camino, naturalmente húmedo y pendiente, anegado además por los torrentes de lluvia que caía del cielo, se puso de pronto tan resbaladizo, que los caballos no querían seguir.

— Señor, dijo el postillón que montaba al tronco, es imposible ir más allá.

— ¿Y por qué? preguntó la voz que ya conocemos.

— Porque los caballos no andan ya, sino que patinan.

— ¿Cuánto falta para la parada?

— ¡Ah! mucho, señor; estamos á más de cuatro leguas.

— Bien, postillón, mete á tus caballos espuelas de plata, y marcharán, dijo el extranjero abriendo las cortinas y alargándole cuatro escudos de seis libras.

— Sois muy bueno, señor, dijo el postillón recibiendo los escudos en su larga mano, y dejándolos caer en su holgada bota.

— Paréceme que te habla monseñor, dijo el segundo postillón, que habiendo oído el ruido argentino que habían hecho los escudos de seis libras al caer, deseaba no ser esluído de una conversación que tomaba tanto interés.

— Sí, dice que marchemos.

— ¿Tenéis algún reparo contra este deseo? dijo el viajero con voz afectuosa pero firme, y que indicaba no estar dispuesto á sufrir contradicción sobre este punto.

— No, señor, no soy yo, sino los caballos que no quieren andar. Ya lo veis, señor, no quieren.

— ¿Y para qué te sirven las espuelas? dijo el viajero.

— Aunque les hundiese la roseta en el vientre no andarían un paso; que el cielo me exterminé si...

El postillón no pudo acabar esta blasfemia, porque le cortó la palabra una detonación espantosa por el ruido y la luz.

— Poco cristiano es este tiempo, dijo el hombre. Y ya veis... señor, el carruaje marcha solo ahora, y dentro de cinco minutos correrá más de lo que quisiéramos. ¡Pero, Dios mío, rodamos á pesar nuestro!

En efecto, chocando la maciza carroza en la grupa

de los caballos, que no la sujetaban por no poder hacer hincapié, tomó un movimiento progresivo que la repetición de los choques cambió bien pronto en una impetuosa rotación.

Los caballos se desbocaron con el calor, y el carruaje volaba como una flecha por la oscura pendiente, acercándose visiblemente al precipicio.

Entonces no fué sola la voz, sino también la cabeza del viajero la que salió del carruaje.

— ¡Tunante! gritó, ¿vas á matarnos á todos? ¡á la izquierda, postillones, á la izquierda!

— Quisiera, señor, veros en mi lugar, dijo el asustado postillón, procurando en vano coger las riendas y recobrar sobre los caballos la perdida superioridad.

— José, gritó á su vez una voz de mujer, que se dejaba oír por la vez primera. ¡José! ¡Socorro! ¡socorro! ¡Ah! Virgen santa!

Con efecto, el peligro era urgente, terrible, extremado, y podía motivar esta invocación á la Madre de Dios.

El carruaje, arrebatado siempre por su peso y no siendo dirigido por una mano segura, continuaba avanzando hacia el precipicio, sobre el que parecía ya suspendido uno de los dos caballos: tres vueltas más de rueda, y caballos, carruaje, postillones y todo se precipitaba, se hundía, se destrozaba; pero el viajero, lanzándose del cabriolé sobre la lanza, cogió al postillón por el cuello del vestido y la cintura de los calzones, le alzó como si fuese un niño, le arrojó á diez pasos, y saltando sobre la silla cogió las riendas, y gritó con una voz terrible al segundo postillón.

La orden tuvo un efecto mágico; el postillón que conducía los caballos delanteros, aterrado por el grito de su desgraciado compañero, hizo un esfuerzo sobre-

humano, y dando dirección al carruaje, lo condujo ayudado eficazmente por el viajero al medio de la calzada, comenzando allí á rodar con la rapidez y ruido del trueno, contra el cual parecía luchar.

— ¡Al galope! gritó el viajero, al galope! Si te detienes, paso por encima de ti y tus caballos.

El postillón comprendió que esto no era una amenaza frívola, y redobló su energía, con lo cual el carruaje continuó descendiendo con una velocidad espantosa; y al verlo pasar de noche con su tremendo ruido, su chimenea humeante, sus gritos sofocados, se le podía tomar por algún carro infernal, arrebatado por caballos fantásticos y perseguido por un huracán.

Mas los viajeros no habían evitado un peligro sino para caer en otro. La nube eléctrica, cayendo de plano en el valle, parecía tener alas y se precipitaba tan veloz como los caballos. De tiempo en tiempo alzaba el viajero la cabeza, sobre todo cuando un relámpago rompía las nubes, pudiendo distinguirse á este resplandor en su semblante una especie de inquietud, que no procuraba disimular, porque nadie, excepto Dios, podía mirarle. De pronto, y cuando el carruaje tocaba al fin de la cuesta, y continuaba por su propio impulso rodando sobre una superficie más igual, el movimiento repentino del aire combinó las dos electricidades, la nube se desgarró con un estrépito terrible, dejando pasar al propio tiempo el rayo y el trueno. Un fuego, primero violado, luego verde y luego blanco, cubrió á los caballos; los de la lanza se encabritaron batiendo el suelo con las manos, y aspirando con ruido el aire cargado de azufre; los delanteros cayeron como si les hubiese faltado la tierra; pero el que llevaba al postillón se levantó al momento, y sintiendo rotos los tirantes por efecto de la sacudida, salió con el jinete, que desapareció en las tinieblas, mientras que el ca-

rruaje, después de haber rodado otros diez pasos, se detuvo tropezando con el cadáver del caballo muerto por el rayo.

Todo este episodio había sido acompañado por los gritos lastimosos de la mujer del carruaje.

Hubo un momento de confusión singular en que cada cual no sabía si estaba muerto ó vivo, y hasta el mismo viajero se palpó para asegurarse de su identidad.

Se hallaba sano y salvo, pero la mujer estaba desmayada. Aunque el viajero no dudase de lo que acababa de pasar, puesto que el silencio más profundo había sucedido de pronto á los gritos que se escapaban del cabriolé, no fué á la mujer á la que tributó sus primeros cuidados.

Por el contrario, no bien tocó el suelo, corrió á la trasera del carruaje.

Allí estaba el hermoso caballo árabe de que hemos hablado, y con las crines erizadas y derechas como si estuvieran vivas, sacudiendo la portezuela á cuya llave estaba atado, y en fin con el ojo fijo, echando espuma por la boca, después de haber el fiero animal hecho inútiles esfuerzos para romper sus ligaduras, había quedado fascinado por el horror de la tempestad, y cuando su amo, silbándole como acostumbraba, le pasó la mano por la grupa, acariciándolo, dió un bote y un relincho como si no le hubiese reconocido.

— Vaya un endiablado caballo, murmuró una voz desde el interior del carruaje; maldito animal que va á romper mi muralla: y luego la misma voz, doblando su fuerza con acento de impaciencia y amenaza, gritó en árabe: *Nhe goullac hogoud shaked haffrit* (1).

— No os enfadéis, maestro, contra Djerid, dijo el

(1) Te digo que estés quieto, demonio.

viajero soltando el caballo y atándolo á una de las ruedas traseras; ha tenido miedo, y esto es todo, y á la verdad que no era para menos.

Diciendo esto, abrió el viajero la portezuela, bajó el estribo, y entró en el carruaje, cuya puerta cerró tras sí.